

ni la exacta, que será tremendamente personal y subjetiva, como un papel pautado en el que cada uno puede escribir sus propias notas e incluso probar la aventura de pintar corcheas y semicorcheas, fusas y semifusas, que no guarden entre sí relación rítmica alguna; podremos incluso inventar notas y también descubrir palabras, porque si de algo estamos convencidos es de que nunca se imagina suficiente, que no hay palabras ni músicas que puedan cumplir su misión cerca de cada situación y de cada sentimiento. Todo ello es lo que el patio nos sugiere y a partir de él vamos a ensayar.

### LOS INCIERTOS ORÍGENES

Sólo los pueblos que huyen del sol refugian su buscada dimensión de soledad en el patio. Algunas ciudades árabes muestran en su obsesión por huir del calor un trazado urbano que es un entrecruzarse de vericuetos y una finta incansable a la temida llegada del astro rey; ciudades como Fez y como Murcia son los testimonios de esta incansable búsqueda de frescura.

Por ello el patio es siempre un itinerario de sombras y la etimología es, como casi siempre, accidental y engañadora, ya que, como recordaba hace meses una revista de arte, la palabra «patio» deriva de un vocablo latino: *patere*, que significa estar abierto. Dos claras dimensiones de significado derivan de esta circunstancia: por un lado, la relación con *pater*, la vinculación de la casa en el doble meridiano romano y árabe a la autoridad paternal; por otro lado, todo lo que se refiere a la exteriorización, a lo accesible, a lo disponible, a lo manifiesto, lo claro, lo evidente y lo indiscutible. De aquí, vocablos como *patentes*, *patentizar*, que vienen a demostrar todo lo contrario de lo que el patio representa. Si la plaza pública patentiza las intenciones y sirve para exteriorizar los proyectos de organización en común de la existencia, el patio, dejando al margen el concepto paternal de autoridad, siempre relativo, como todas las relaciones de dependencia, es, sin duda alguna, un descubrimiento de la arquitectura popular o académica de origen indudablemente mediterráneo, que indaga en torno a la intimidad y desea al mismo tiempo favorecer sus múltiples descubrimientos.

El patio no se abre directamente al exterior, aun cuando para la poética de Borges sugiera la operación de encauzar al cielo y piense que su estructura es como una especie de canalón: «el declive por el cual se derrama el cielo en la casa». Lo que es evidente es que el patio, síntesis de lo claustral y del arbitrario horizonte hacia el cual nos dis-

tendemos, explora la oculta, inexplicable y tensa interioridad del ser humano.

El patio es en todas las arquitecturas que lo usan una estructura críptica, sobre el que todos esperamos que la voz del muecín nos llame a la reflexión y a la plegaria. Es también el tránsito por el que oramos y cantamos sin palabras, creyéndolo nuestro monasterio, nuestra abadía o la privada y hermética sinagoga, en la que a la vez somos ofician-tes y asistentes. En todas las dimensiones, el escenario de uno más de los diálogos, siempre frustrados, del hombre con un Dios que no responde.

### LOS HABITUALES FANTASMAS

Por moderna que sea la casa, nunca falta una hora en la que su patio se puebla de fantasmas de los que vivieron o querríamos que hubieran vivido, de los que soñaron el emparrado y el aljibe fresco y profundo, de los que compartieron nuestro júbilo y vigilaron nuestro crecimiento, de los que promovieron nuestra alegría y gestionaron nuestro desencanto.

Algunos fantasmas nos son totalmente desconocidos; el tiempo los ha separado tanto de nosotros que apenas queda una firma en una Biblia o un carnet de baile lleno de inscripciones semiborradas, un abanico de varillas rotas o un pañuelo en donde se evaporó una lágrima.

El nombre o el recuerdo de algunos tenemos que buscarlos en antiguos libros de historia llenos de cándidas ilustraciones, en donde Juana de Arco arroja a los ingleses fuera de Orleáns o Ricardo Corazón de León lucha por los lugares sagrados; otros nombres, de casi indescifrable caligrafía, llegan en escrituras de propiedad, actas de nacimiento o en viejos diplomas que ya no sancionan la sabiduría ni el prestigio civil de nadie.

Es un gozo pensar que los espíritus de esos cuerpos que un día poblaron el patio están todavía presentes; afirmar incluso que a determinadas horas, cuando los vivos duermen, ellos se materializan. Y por ello los minutos anteriores al sueño son miradas inquisitivas hacia el patio y evocaciones de un bigote y de una leontina, de un largo cabello de mujer reunido en amplio moño, de una opulenta pollera y de una mecedora de incansable descanso.

Otros fantasmas los hemos traído con nosotros. De una u otra forma quisimos que fueran parte de nuestra vida, y por uno u otro camino se separaron de ella. Estos son, aunque no hayan venido nunca, los más tozudos, los más contumaces y reiterativos de cuantos fantasmas

pueblan el patio; nunca sabemos si lo soñamos o si en la primera sombra que se escapa ante el día, en la luz primera que deslumbra nuestro despertar, se evade su imagen, cada vez peor recordada, siempre fugitiva.

#### TODOS LOS DÍAS SON UN DÍA

En el patio permanecen todos los días los que forman parte del pasado y los que son ayer, pero no los que constituyen el presente, porque el hoy es la única flor que se agosta inmediatamente del patio y que muere de nostalgia o de prisa, de angustia del cielo distante, de las nubes, diferentes siempre, y de las paredes, que no cambian.

Con el transcurso del tiempo, cuando ya vimos morir varios calendarios y rompimos el recorte del diario que anunciaba un casamiento que no era el nuestro, y una defunción que hubiéramos preferido fuera la nuestra, todos los días se confunden en uno solo, quizá un lunes de convalecencia, un martes de reconciliación, un miércoles en el que volvimos de comenzar un empleo, un jueves salvado porque escribimos un poema, un viernes enriquecido con un beso o un sábado de vino y rosas.

Pero si queda un solo día, es un domingo, porque el pasado siempre es una fiesta, porque todo lo que se ha ido está hecho de domingos, en los que se estrenaban zapatos y sonrisas, trajes y brazos nuevos que se estrechaban con miedo a que escaparan, como inevitablemente había de ser.

Al patio han ido a concurrir todos esos días, sobre todo los domingos, que casi nunca transcurrieron en él, que los vieron partir y regresar, y aunque alguien diga que el tiempo ha muerto en un rincón cualquiera invisibles están todos los días, está el día, está el domingo.

#### EL PASO DEL AVIÓN

En otros tiempos, el patio escuchó el paso de los soldados que salían a componer una estampa de guerra galana, a lugares que se llamaban Maipû, Esmeraldas, Chankay, Caseros o quizá Junín. Más tarde llegaron al patio los estruendos de los primeros automóviles, siempre jadeantes, en los que, como en algunos hombres, cada paso parecía iba a ser el último. Luego fueron los grandes autobuses rojos, capitaneados por un colectivero agresivo que cobra, conduce, manejando el vehículo por entre el tráfico, siempre increíble, y de cuando en cuando dedica una mirada al retrato de Gardel o a la alineación de Boca con que adorna su lugar de trabajo.

Ahora, de tiempo en tiempo, un avión discurre por el fragmento de cielo que limita el patio. Ha salido de Ezeiza o del Aeroparque, a lo mejor de una base militar. Sabemos que va a ciudades monótonas que se llaman Madrid, Francfort, Londres, Roma o París, en donde la gente sólo se divierte en las fotos de los folletos turísticos. Son ciudades aburridas de huelgas y trabajo diario, en donde no se encuentra ni taxi ni dinero cuando se necesita, y en donde los periódicos dicen las mismas cosas. Algunas son tan tremendas que tienen restaurantes en donde sirven un solo postre, y en donde no saben lo que es el bife de chorizo o el dulce de leche.

Por eso es preferible pensar que los aviones marchan hacia ciudades insólitas y estupendas, que casi no existen, que si existen son como las soñamos y no como dicen los periódicos, ciudades llenas de imaginación y de embeleso, con calles en las que la gente ríe y canta, que en lugar de tener nombres cortos que parecen un cuchillo, como Berlín, tienen largos nombres que recuerdan una caricia, como Samarcanda o Fata Morgana.

Es entonces cuando inventamos nombres de ciudades con vocablos distintos, y nos gusta pensar que no tienen aeropuerto y que el avión va a tomar tierra en un enorme prado de albahaca y ruda, lleno de tréboles y de jazmines, y que los viajeros no van a esperar su equipaje, sino que lanzando al aire sus carteras de ejecutivos, sus sombreros, sus paraguas y las tarjetas de crédito, que pueden volar como mariposas de plástico, van a correr a buscar la ciudad, a reír con la gente, a cantar por las calles y a celebrar una fiesta que no concluirá nunca.

Con dos palabras: amor y nigromante, inventamos un nombre de ciudad: Nigramor; un gesto distraído la sitúa en cualquier lugar del mapa y el patio sueña que el avión va hacia ella.

#### EL PATIO ES COMO UN SUEÑO

Si en el verano dormimos en el patio podemos soñar en algo que no ocurrió, que apenas tiene la apoyatura real indispensable. También podemos soñar que se repite algo que pasó hace ya tiempo y que nunca deseamos que terminara. No nos faltará soñar algo que jamás pensamos que ocurriera, tan insólito, tan sorprendente, tan magnífico, que su fuerza nos lleva como el agua o como el viento.

Otras veces el sueño puede ser un descanso tras una larga persecución de inevitable angustia o la carrera hacia algo que deseamos sin atrevernos a decirlo. Lo que sí es cierto es que en el sueño el patio encuentra la clave de su valor mágico y cantan las puertas y la balaus-



NATALIA KOHEN

